

RAFAEL RÍOS REY EN EL RECUERDO
por Socorro Girón

En los años cincuenta y sesenta del siglo veinte, Puerto Rico experimentó grandes cambios en su vida política, social y económica. De una economía basada desde siempre en la agricultura, se pasó a una de carácter industrial. La política de "Operación Manos a la Obra" del gobernador Luis Muñoz Marín (San Juan, 1898-1980), fue la palanca que promovió este cambio radical en esos veinte años de nuestra vida de pueblo.

Todo país necesita de artistas que interpreten su realidad. En la música, Rafael Hernández (Aguadilla, 1892-San Juan, 1965), nos presenta al jibarito que "sale loco de contento con su cargamento para la ciudad" y regresa muy triste porque la situación económica de la Isla es tan precaria que sólo le permite el lamento borincano en el cantar "¿Qué será de Borinquen mi Dios querido, qué será de mis hijos y de mi hogar?"

Al otro extremo de la "rueda de la fortuna" de nuestra historia de esas décadas, está Rafael Ríos Rey, pintor que interpreta la "Operación Manos a la Obra" al diseñar para la Compañía de Fomento Económico de Puerto Rico la rueda dentada, impulsada por un musculoso trabajador que lleva a Puerto Rico hacia el progreso por vía de la industrialización. Entre Rafael Hernández, músico, y Rafael Ríos Rey, pintor, está

Luis Palés Matos (Guayama, 1898-San Juan, 1959), poeta, diciendo: "Puerto Rico, burundanga". Con razón don Miguel de Unamuno dijo que los poetas son los filósofos de su tiempo. Por algo será que los griegos llamaron adivino o "vate" al poeta, quien siempre ve más allá que los demás.

Rafael Ríos Rey nació en Ponce en 1912 y murió en San Juan en 1980. De niño, vivió en la calle Intendente Ramírez. Mi casa estaba en esa calle Intendente Ramírez y esquina Otero, la de Rafael era la tercera después de la esquina, de modo que sólo había una casa de por medio de nuestras viviendas. Las tres casas tenían un patio comunal, amplísimo, y ese era el estudio, taller, lugar de trabajo de los hermanos Ríos, todos pintores, como el padre, don Juan. Sus hijos Luis, Octavio (1886-1932 y padre de nuestro recordado), Felipe, Roberto y Arturo fueron pintores. Estos, hijos de pintor, fueron padres de pintores.

En el patio-taller de los Ríos se reunían no sólo los artistas de la familia, sino otros de Ponce y varios de la Isla. Aquel patio era lugar de reunión y de trabajo, sobre todo, cuando se estaba en la preparación de la escenografía para alguna ópera o pieza de teatro que se representaría en el Teatro La Perla. Los Ríos fueron los escenógrafos más solicitados en Puerto Rico y, en Ponce, para los años veinte. Decir "escenografía" era decir Hermanos Ríos.

Rafael era siete años mayor que yo. Cuando era muy pequeña, gustaba de ver a los hermanos Ríos trabajar en el patio-taller. Seguramente estaría entre ellos el joven Rafael. No recuerdo su figura; eran tantos y yo era tan niña, que no puedo precisar. Acudía a ese patio casi todos los días. Muchas veces tuve miedo de los demonios que fabricaban los Ríos en aquellas telas enormes. Hasta aquí, los borrosos recuerdos de Rafael durante mi niñez.

La vida traza distintos caminos para cada quien. Por muchos años no vi a Rafael. Sí sabía de su labor pictórica, de sus murales, de sus viajes de estudios a México y de la técnica de mural en mosaico que nos trajo de allá como de su labor en la Escuela de Artes Plásticas del Instituto de Cultura Puertorriqueña.

En la primavera de 1965 Rafael Ríos Rey decidió retocar el mural que hacía tiempo había pintado en el edificio de la Puerto Rico Iron Works en la Playa de Ponce. Una tarde, desde allí, me llamó por teléfono. Me dijo que deseaba verme y hablarme. Al atardecer estaba en mi casa y fue entonces, a mediados de la década de los años sesenta, que comenzamos una bella amistad con fundamentos en la década de los años veinte con escenario en el final de la Calle Intendente Ramírez, en Ponce, en un rincón que dominaba un árbol de mora bajo el cual

tenía un puesto de piraguas, Cleofe, amigo de todos los niños del barrio.

Esa noche salimos de paseo el que fue mi marido, también del mismo barrio y de la misma época, Rafael y yo. Fue un largo recorrido sentimental por el Ponce de nuestra niñez. Me parece escuchar la voz de Rafa: ¿Te acuerdas de Pepe Habi-chuelita, de Yayo Bocaepote, de Tito Peje, de Jorge Sicaga, de la Cucaracha? Y, así, desfilaron nombres, apodos y recuerdos de gentes y lugares e incidentes del pasado. Esta es la casa de los Lanauze, allí vivía La Cubana y en ésta, don Ermelindo Auffant. Don Enrique Irizarry, el dueño de la tienda de la esquina vivía en ésta, esta era la casa de los Bigas, allá vivía Trina Serra y en esa Tirso Torres... Fue una noche inolvidable y el primero de una serie de nocturnos paseos sentimentales. A la media noche, llevamos a Rafael al Hotel Meliá. Nos dijo al despedirse que esa había sido una de las noches más felices en su vida. Yo tampoco la olvidaré jamás.

A la semana siguiente, Rafael me trajo una acuarela que había pintado durante la semana. Me maravillé al verla. Rafael había pintado el rincón de su niñez, el mismo paisaje que veíamos todos los días desde nuestras casas. Aquello me pareció asombroso. En el lienzo estaba Cleofe, el piraguero raspando hielo para sus piraguas, el frondoso árbol de mora y varios niños

alrededor. Un muchacho, que decía Rafael que era él mismo, empujaba una rueda de metal con un gancho de alambre. Aquella extraordinaria memoria había empujado el pincel para traer el pasado al presente. Estaba tan claro en su mente el escenario de su niñez, que aún después de pasados cuarenta años pudo pintarlo de memoria. La acuarela tiene esta dedicatoria: "Para los esposos Segura-Girón, en la esperanza de que nuestros recuerdos de la niñez coincidan. Rafael Ríos Rey, 1965".

Desde entonces, cada vez que venía a Ponce, ya fuese para asuntos personales como para representar al Instituto de Cultura Puertorriqueña en alguna actividad, Rafael y su mujer, Virgen, se quedaban en casa. A veces se quedaban de un día para otro y mi casa se convirtió en su parada obligatoria cuando venía a Ponce. Por unos años, Rafael fue administrador del Teatro Tapia y profesor de la Escuela de Artes Plásticas del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Por un tiempo vivió en un apartamento en el mismo Teatro Tapia. Más tarde se mudó al edificio Caribbean Towers en Miramar. Al lado del apartamento para vivienda tenía otro para taller de trabajo.

Además de pintor, Rafael Ríos Rey era un conversador excepcional. Practicaba, como pocos, el arte de escuchar, la más difícil de las artes del lenguaje. Su vida, tan rica en experiencias y su prodigiosa memoria, le permitían ser un baúl-mundo de anécdotas. Cuando la tapa de aquel baúl se levantaba, la noche



resultaba breve para escuchar los relatos de Rafael. Muchos escuché sobre Palés, poeta genial, arisco para los escenarios. Sobre Clara Lair, contaba que una noche, en los años veinte, se celebró un baile en Aibonito. El director de la orquesta era el gallardo ponceño Tomás Clavell. Fue este músico -- según contaba Rafael -- el que inspiró los versos de Pardo Adonis, uno de los más conocidos poemas de nuestra admirada poetisa. La cantera de anécdotas de Rafael era inagotable. Escucharlo era conocer el mundo artístico en que vivió. Jamás me habló en forma despectiva de nada ni de nadie. Tenía la bella cualidad de buscar y encontrar lo mejor de cada qué y de cada quién.

La generosidad era una de las bellas cualidades de Rafael. Practicó la más bella de todas; la de darse. Servir por el puro "placer de servir". Alguno de mis discípulos quiso ir a estudiar arte en México. Llamé a Rafael y le pedí que orientara al joven. Así lo hizo. Al regresar de sus estudios en México me dijo el joven: "La carta de presentación que me dio Ríos Rey me abrió todas las puertas en México".

En diciembre de 1974 Rafael me envió una felicitación navideña. Escribió:

"Salud. Muchas felicidades y esperanzas de prosperidad son nuestros más fervientes deseos para Uds. y para todo el mundo.

Si dejáramos de ser egoístas quizá habría paz. Te envío una plumilla en el recuerdo de nuestra querida mora.

Todavía nos parece ver a los Farina, Habichuelita, al Verdugo, El Indio, Ballena, los Nicot, Boca de Pote, Ninito Piquinini, Padín, Cleofe, etc., etc. Con el pasar de los años, cuando debía estar borroso el recuerdo, más claro tengo o tenemos el recuerdo del escenario de nuestra niñez.

En estos días pensamos ir por Ponce, Tavín, que está pasando las Navidades aquí, mi mujer y yo y he de verlos y charlar quizá de algún proyecto. Bueno, por el momento, evocando una época 50 Anno Fa como dirían en Italia, les quiere,

Rafael y Virgen"

En la otra carilla de la tarjeta postal hay un trabajo a plumilla que capta el mismo rincón de la acuarela de 1965. La plumilla tiene esta dedicatoria: "Para Socorro Girón, que era parte de este rincón. Rafael Ríos Rey, 74." El lector de estas líneas verá fotocopia de lo escrito y dibujado por Rafael.

En los comienzos de 1980 Rafael sufrió una afección cerebral. Fui a verlo en su domicilio. Capté la expresión de alegría en su rostro al verme y saberse recordado por mí. Sufrí lo indecible al ver los esfuerzos que hacía para llevar

a la palabra hablada lo que estaba en su mente. Salí de su casa muy apenada. Sabía que no lo vería más. Murió a la semana siguiente, en abril. No pude asistir a sus funerales. Hoy, 25 de octubre de 1981, escribo estas líneas en recuerdo de RAFAEL RIOS REY, amigo inolvidable.